

Oriente, poseía en alto grado la resignación obstinada en la contraria suerte, y así le acomodaba el papel de mártir como el de vencedor; estando de todas suertes demostrado con su conducta, que si al cabo de aquellos años de lucha gozaba de inmensa popularidad, no pudo esta vanagloria embriagarlo y desvanecerlo un solo punto.

—«¿Veis esa muchedumbre?—dijo por lo bajo á su amigo Vane el día de su entrada triunfal en Londres;—pues habría más si me llevaran á ahorcar.»

Pero si su corazón estaba en el mundo, su espíritu y su gloria remontaban muy alto el vuelo. Ninguno juzgó nunca mejor ni más gráficamente al pueblo; y, sin embargo, á pesar de la exactitud de sus apreciaciones no se creyó autorizado á despreciarlo, siendo el pueblo la criatura de Dios. Quería dominarlo, es cierto; pero sólo para servirlo mejor, y ni le preocupaba la idea de fundar dinastía, ni tampoco ambicionaba empuñar las riendas del imperio largo espacio. Era la personificación, y lo sabía, de la interinidad, y por tanto el Señor Todopoderoso lo apartaría de la escena político-religiosa de su patria tan luego hubiera completado su obra y robustecido y afirmado su fe, asegurando de una manera sólida é indestructible al pueblo inglés la libertad de conciencia.

## LIII

Sin embargo, el valor del Rey y la lealtad de sus parciales prolongaban la guerra civil con éxito vario, y aumentaba las probabilidades de resistencia el desembarco de la Reina, su mujer, que impaciente por abrazar á Carlos y á sus hijos y de socor-

rerios, había llegado á las costas de Inglaterra con refuerzos de Holanda y de Francia. Entónces fué cuando el almirante que mandaba la flota del Parlamento y que no supo ni pudo impedir el desembarco de los expedicionarios, se acercó de noche al lugar donde se hallaba Enriqueta, y rompió el fuego de su artillería desde abordó sobre la cabaña en que dormía la heroica Princesa, viéndose obligada para salvar la vida y asegurar el éxito de su expedición, á huir medio desnuda de las ruinas de su asilo, y á buscar abrigo detras de un ribazo á las balas de sus súbditos; logrando al cabo de muchas penalidades y sobresaltos reunirse con su marido, á quien tanto amor, abnegación y esfuerzo acrecentaron el denuedo y la bizarría.

Dióse de allí á poco una batalla en Marston, siendo iguales las fuerzas de los contendientes, y el Rey peleó cuerpo á cuerpo con los soldados de Cromwell, que aquel día mandaba las tropas del Parlamento. Cincuenta mil hombres, patriotas todos, regaron en vano con su sangre la tierra que los vio nacer, pues el Rey, vencedor en la jornada, quedó abandonado de sus principales capitanes y parte de las tropas, habiendo de replegarse al Norte. Todavía se atrevió á embestir en su retirada al ejército del conde de Essex, generalísimo del Parlamento, derrotándolo por sorpresa. Vencido el Conde, y perdido su ejército, se embarcó la vuelta de Londres, donde á la usanza romana, el Parlamento le agradeció su conducta, y felicitándolo por su confianza en la patria, le dió nuevas tropas.

Estas tropas unidas á las de Cromwell y del conde de Manchester, dispersaron las del Rey en Newbury; pero Essex, aunque vencedor, hastiado ya de las diferencias que trabajaban á sus huestes, obtuvo



ser reemplazado por Fairfax, modelo de patriotismo y héroe de batalla, si bien incapaz de dirigir una campaña. Fairfax, no obstante, tuvo la modestia de pedir á Cromwell por segundo y consejero, y con esto quedó el Rey sin esperanza ninguna de reconquistar la Inglaterra, y hasta de poseer la tierra que pisaba. En efecto, Fairfax, Cromwell é Ireton, yerno de Cromwell, lo atacaron y vencieron en Naseby, siendo á seguida destruidos y dispersados sucesivamente por Fairfax y Cromwell los cuerpos de ejército de los últimos parciales de Carlos.

Mas en tanto que la Inglaterra sacudia por completo el yugo del Rey, un héroe jóven y bizarro, llamado el conde de Montrose, reanimaba el abatido espíritu realista en Escocia por obra de una conspiracion caballeresca y de una batalla ganada sobre las huestes puritanas. Empero los bravos montañeses de Montrose, más ocasionados á realizar proezas que á sostener campañas regulares, no bien hubieron obtenido la victoria, se dispersaron para volver al seno de sus familias, y entonces Montrose perdió en un día el fruto de sus hazañas. Porque, como cayeran sobre él en ocasion de hallarse solo y desprevenido los puritanos, tuvo que huir á la espesura de los bosques, donde se guareció y pudo escapar á sus perseguidores merced á varios disfraces, hasta que al cabo lo delató la hermosura de su rostro y la elegancia de sus maneras, siendo por ellas reconocido, encarcelado y muerto en cadalso; acabando por tan sublime manera como fué su empresa heroica, y sellando con el martirio su fe acendrada en la monarquía, de cuyo representante fué aquella vez el postrer amigo!

## LIV.

El Rey, á quien sólo quedaba un puñado de caballeros alrededor suyo, escribió entónces á Enriqueta, que pues no podía pelear como rey, prefería morir como soldado; y despues de separarse de su esposa, tan amada siempre y en aquellos momentos amargura de su alma, y de hacerla partir para el Continente, se refugió en Oxford con los restos del ejército que aún le permanecía fiel. Una vez allí, cuando hubo llegado la noche y miéntras descansaban sus soldados, salió por una puerta secreta, seguido solamente de tres servidores, y se dirigió sin ser conocido á la colina de Harrow, desde la cual estuvo contemplando un espacio á Lóndres y deliberando consigo mismo si debería ó no entrar en la ciudad para entregarse á merced del Parlamento ó para entorpecer sus acuerdos con su presencia. Pero desechando estos pensamientos, prefirió dirigirse con ostensible confianza al cuartel general de los escoceses, cuyo ejército, si era eficaz auxiliar de sus enemigos, aún no habia renegado, como los ingleses, de la jurada fidelidad á la Corona.

Sorprendidos de su aparicion los generales, y no atreviéndose desde los primeros momentos á desmerecer de su confianza, le tributaron los honores debidos y le dieron guardia que ántes lo vigilase que no lo defendiese, con encargo de disimular su cautiverio cuanto más fuera posible. Abrióronse por aquellos dias negociaciones entre la Cámara y el Rey; mas fueron tales las exigencias del Parlamento que tanto valia, de aceptarlas, suscribir la renuncia de la realeza; como que recuerdan la Constitución



de 1791 impuesta por la Asamblea legislativa y los jacobinos á Luis XVI. Carlos se negó á ceder, y rechazó las condiciones.

Pero mientras tenian lugar estos tratos, el ejército escoces negociaba traidora y villanamente con el enemigo la libertad del Príncipe que se habia entregado á él fiado en su honor, y consentia, por último, en venderlo al Parlamento por precio de ochenta millones; comercio infame y judaico que arrojó aquel dia una mancha de indeleble afrenta sobre la historia de Escocia, pues aun cuando su Cámara se negó en un principio á ratificar la venta convenida, el partido popular y fanático del clero escocés, le hizo fuerza para que viniera en ella.

Carlos I jugaba en su cuarto al ajedrez cuando le llevaron el papel que decia lo necesario á quitarle hasta la última esperanza en orden á su futura suerte. Y estaba ya tan connaturalizado con la desgracia y érale por tal modo familiar, y tenia, en fuerza de la costumbre, tanto hábito de las contrariedades y desventuras, y era tanta su resignacion y él tan dueño de sí mismo, que continuó la partida sin distraerse ni palidecer, dejando á los testigos, que ignoraban el contenido del despacho, persuadidos cuando ménos de que no era mensajero de malas nuevas. La tarde misma de aquel dia fué Carlos entregado por los escoceses á los comisarios del Parlamento, y atravesó despues prisionero, pero sin recibir insultos y ántes con muestras de respeto y cariño de parte del pueblo, las provincias que lo separaban de Holmby, punto designado por las Cámaras para servirle de prision, y en el cual sufrió rudo y brutal cautiverio. Y como el Parlamento y el ejército, divididos ya en materia de conducta, parecieran disputarse su posesion, Cromwell, que

conocia el fanatismo de los soldados, idéntico al suyo, y que temia, si la Cámara se apoderaba de Carlos, que hiciera un acomodo con él funesto á la república, única garantía en su concepto de la fe puritana, lo mandó sacar de Holmby, á espaldas de Fairfax, su general en jefe, por uno de sus oficiales á la cabeza de quinientos hombres escogidos. Carlos, que creia ser peor tratado de la milicia que no del pueblo, resistió, pero en vano, al emisario de Cromwell, cediendo al fin á la fuerza, y dejándose llevar por sus nuevos carceleros á Cambridge, centro á la sazón del ejército inglés.

## LV.

Ofendido el Parlamento de la conducta del ejército, é impresionado de aquel acto de omnipotente arbitrariedad, reclamó el Rey. Pero acostumbrado ya el ejército á exigir y á imponerse al poder civil de la nacion, se sublevó contra el Parlamento y contra Fairfax, su general en jefe, proclamando por su caudillo á Cromwell, héroe del fanatismo puritano y de los soldados, y se dirigió sobre Lóndres, arrastrando á los capitanes en la rebelion.

Lo cual sabido del Parlamento acordó contener las tropas invasoras, cediendo á cuanto querian, para evitar su entrada en la capital en són de guerra, y quedando desde aquel punto sojuzgado del ejército como el Rey lo habia sido de él, y convertido en instrumento de Cromwell, quien, para demostrarle sin duda y hacerle sentir el peso de su influencia, lo expurgó de aquellos de sus individuos que más contrarios se habian mostrado á la milicia.

Cromwell y Fairfax trataron al Rey con más con-



sideraciones que los comisarios del Parlamento, y le consintieron ver á su familia é hijos detenidos hasta entónces en Lóndres. Cromwell, á quien no podrá negarse la cualidad de padre cariñoso, y que asistió á la entrevista de Carlos con los suyos, se conmovió y lloró abundantes lágrimas; que áun prevalecían en él los sentimientos humanos sobre las preocupaciones del sectario, y creía que su causa no necesitaba para triunfar de todo y de todos del suplicio del Rey, sino de su destronamiento. Y como guardaba siempre á su prisionero cuantos miramientos y respetos eran compatibles con su fe, y no hablaba de las virtudes personales del monarca, del padre y del esposo sin dar muestras de admiración afectuosa, impresionado Carlos de su conducta y agradecido á ella, y acaso estimándola por presagio feliz de mejores tiempos, solía decir á Cromwell y á sus oficiales cuando le visitaban y á su modo le hacían la corte:

«Vendreis á mí por necesidad, porque ni podreis subsistir sin mí, ni conseguireis nunca reconstituir la nación sino bajo mi cetro.»

Como se ve, tenía el Rey más esperanza entónces en el ejército que no en el Parlamento. Cromwell lo hizo disponer habitaciones suntuosamente alhajadas en el palacio de Hampton-Court, y en esta residencia fué, aunque prisionero, árbitro de las negociaciones entabladas con los principales partidos que buscaban el medio de robustecerse atrayéndolo á su causa.

Eran los tres bandos principales el ejército, el Parlamento y los escoceses; pero Cromwell y su yerno Ireton se creían más seguros de influir en el ánimo de Carlos para bien de su causa que los otros. Sin embargo, una casualidad les abrió los ojos, des-

enbriéndoles la verdad. Porque como hubiera escrito el Rey una carta secreta para su mujer, y encargado á uno de sus criados de confianza que la escondiera bajo el forro de la silla de su caballo, y la llevase á Douvres, en cuyo puerto los pescadores le servían de correos, y Cromwell é Ireton lo sospecharan, quisieron cerciorarse por sí mismos de la manera íntima de pensar de S. M. Al efecto redoblaron su vigilancia, é informados de la salida del mensajero y del sitio donde iba oculto el papel, montaron á caballo y se dirigieron de noche á Windsor, horas ántes de pasar por allí el emisario.

«Nos apeamos—dijo algun tiempo despues Cromwell—en una posada, y empleamos parte de la noche bebiendo cerveza. Cuando el vigilante apostado en el camino avisó que se acercaba el correo de S. M., salimos de la venta, y poniéndonos en medio de la carretera con las espadas desnudas lo detuvimos, diciéndole que teníamos encargo de registrar á los viajeros que transitaban por allí. Echó pié á tierra el jinete, descinchamos el caballo, entramos la silla en la venta, dejando fuera, sin hacer caso de sus protestas, al que la montaba; cerramos la puerta, pusimos los arreos sobre la mesa en que habíamos bebido, acertamos con el escondite de la carta, y cuando la hubimos en nuestras manos devolvimos el arnés al caminante, dejándole marchar persuadido de que todo el registro hecho se había reducido á las pistoleras y al maletín de la grupa. Solos de nuevo, abrimos y leímos la carta del Rey á su mujer, y viendo en ella que prefería de todas las facciones que lo solicitaban á los escoceses, volvimos al campamento resueltos á perderlo, ya que nada podíamos esperar de Carlos para nuestra causa.»



## LVI.

Comenzaron por reforzar las guardias y aumentar la vigilancia; pero el Rey burló una cosa y otra, y seguido de sus confidentes Berkley y Ashburnham, atravesó de noche sin ser visto el bosque de Windsor, dirigiéndose orillas del mar; y no encontrando el esquite que debía esperarlo, buscó asilo en la isleta de Wight, cuya fortaleza, mandada por oficial que suponía fiel á su causa, le brindaba seguridad é independencia para tratar libremente con su pueblo. Mas de allí á poco y cuando ya no tenía remedio advirtió el desdichado que allí donde se creyó dueño era prisionero, pues el Gobernador del fuerte si obedecía en apariencia á Carlos, en secreto cumplía las órdenes del Parlamento.

El Rey pasó el invierno en negociaciones con los comisarios del Parlamento. Pero entretanto perdian el tiempo unos y otros, Cromwell, Ireton y sus oficiales más fanáticos, preocupados é inquietos del término que pudieran tener las respectivas transacciones del Monarca y los diputados, se congregaron en Windsor secretamente, y despues de haber implorado con lágrimas en los ojos y fervorosas oraciones, inspiradas del fanatismo que los poseía, la gracia del Señor para ilustrar la deliberacion, tomaron el acuerdo de proclamar la república, de someter al Rey á un tribunal de Estado, y de inmolarlo, segun sus palabras, á la salud del pueblo.

«Porque—dijo Cromwell—no habrá paz ni sosiego alguno en la nacion, ni seguridad para los santos, mientras pueda ser el príncipe, siquiera sea encerrado en estrecha cárcel, instrumento, móvil ó

pretexto de negociaciones, secreta esperanza de ambiciosos, y objeto de lástima ó simpatía de los pueblos.»

Religion implacable inspiró á los fanáticos, miedo á los cobardes, ambicion á los audaces, y por tal modo la pasion de cada uno pasó á los ojos de todos por respuesta del cielo, acordándose la comision del crimen por unanimidad. A partir de aquel dia el crimen, consumado en la mente de Cromwell, pareció extraviar visiblemente su alma, despojar de inocencia su religion, de sinceridad sus palabras, de piedad su conducta, y mezclar y confundir y amalgamar en todos los actos de su vida la astucia del ambicioso y la crueldad del malhechor á la supersticion del sectario; no siendo ya posible leer en su alma con claridad, en fuerza de lo enigmático y oscuro que se torna con todos y consigo mismo, dejando el ánimo siempre perplejo y sin saber si sólo fué fanático, ó no fué más que asesino: justo castigo de la resolucion criminal que confundió los intereses de su causa con el derecho de vida ó muerte sobre la víctima, y que se valió de medios reprobados para sacar triunfante la virtud!

## LVII.

Al propio tiempo que los conjurados de Windsor pronunciaban la sentencia del Rey, él tambien se condenaba en la isla de Wight, rompiendo las negociaciones con el exigente Parlamento, y negándose á suscribir la humillacion de la Corona. Desde aquel punto ya no usaron sus carceleros de miramientos con él, ni le disimularon su cautiverio bajo las apariencias del respeto debido



á la majestad, y quedó encerrado como en calabozo en una pieza del castillo, sin poder comunicarse con sus amigos, y reducido á la compañía y servicio, durante triste y crudo invierno, de un pobre valetudinario que llegaba cada dia con sus comidas y cuidaba del fuego de su chimenea. En esta soledad de prisionero, aislado de todos los suyos, sin objeto alguno que lo distrajera de la memoria de las cosas pasadas ni del pensamiento de las porvenir, como no fuera el sordo rumor de las olas que iban á romperse al pié del castillo, vigorizó más el rey Carlos con auxilio de la religion su alma fuerte ya de suyo, aunque tierna, y se puso en condiciones tales de espíritu que pudiese arrostrar la muerte que le destinaban los partidos coligados contra él para perderlo. Pero siendo su vida la prenda que cada faccion temia dejar en manos de la contraria; y como, por otra parte, ninguna de ellas odiaba en el Rey al hombre, sino á la institucion que representaba, y que todas querian derribar y destruir, su muerte, del propio modo que la de los proscritos de Antonio, Lépido y Octavio en Roma, fué una manera de transaccion, de sacrificio mutuo que se hicieron opuestos bandos de ambiciosos y cobardes.

Otra faccion más radical todavía, la de los *niveladores*, comunistas religiosos de aquel tiempo, comenzaba por entónces á dar muestras de vitalidad en el seno mismo del ejército de Cromwell. Pero la nueva secta, suscitada sin saberlo ni quererlo por Cromwell mismo, y amparada de textos de la Biblia y del Evangelio á imitacion suya, interpretados en el sentido de la igualdad absoluta de las condiciones y de la participacion de los bienes celestiales en la tierra, quedó sofocada en la sangre de sus pro-

pios soldados apenas nacida por el futuro protector; pues, á medida que se acercaba al poder y que iba contrayendo hábitos de mando, el sectario cedía en él al político, desapareciendo el misticismo á impulsos de la sed de mando: que ya comenzaba Cromwell á relegar á las alturas del cielo aquellas teorías que aun pareciéndole santas por sus aspiraciones, eran inaplicables en las sociedades humanas.

Y como su buen sentido le revelaba la necesidad de gobierno y el respeto á la propiedad, cosas ambas instintivas en el Estado y la familia, para ir preparando acaso la solucion de ulteriores problemas, y facilitando sin duda la del más grave de los planteados en aquel momento histórico, se presentó en Lóndres, hizo purgar segunda vez el Parlamento de aquellos diputados adversarios suyos, por el coronel Pride, y proclamó la república bajo el nombre de Convencion del Pueblo.

A instigacion de los puritanos y de los demócratas, decidieron Parlamento y ejército comenzar el proceso del Rey. Todavía se mostraba remiso, al ménos aparentemente, Cromwell, considerando la enormidad del atentado que iban á cometer entre todos, y entónces fué cuando desde su escaño de la Cámara y en un discurso ántes de inspirado que de político, en el cual parecia ceder á influencias sobrenaturales para consentir en el juicio del Rey, dijo poseido de profunda emocion las siguientes palabras: «Si alguien me hubiera propuesto de su propio movimiento juzgar al Rey, lo habria considerado como al mayor de los traidores; pero toda vez que la Providencia y la necesidad nos imponen tan penosa tarea, sólo me resta pedir al cielo humildemente que ilumine vuestro consejo, ya que no estoy



preparado á daros siquiera mi parecer en orden á una medida de tanta trascendencia.

«Empero debo deciros, añadió con tono y actitud de grande humildad, que, cuando hace poco tiempo todavía, presentaba peticiones en favor de S. M., sentía que mi lengua se pegaba al paladar como negándose á darles el apoyo de la palabra, y que, desde aquel entónces comenzó á parecerme tan sobrenatural sensacion respuesta del cielo, que se negaba por tal modo á oír mi súplica y deferir á mi deseo, sellando mi boca y enmudeciéndome cuando quería pedir en bien del Rey...!»

Estas palabras recuerdan el *Alea jacta est* de César, al entrar con su caballo en el Rubicon. Pero no estará demas añadir al propio tiempo que el Rubicon de Cromwell era la sangre de un monarca inocente, derramada por la criminal ingratitud de su pueblo.

Dejóse arrastrar el Parlamento de la violencia de sus malas pasiones, y votó la acusacion, encargando al coronel Harrison, hijo de un carnicero, persona brutal y de sanguinarios instintos, para que fuese á buscar al Rey á la isla de Wight, como reo destinado al cadalso. Al pasar S. M. al pié de las ventanas del palacio de Windsor, oyó una voz lastimera que le decia por entre los barrotes de una claraboya: «¿Es posible, señor, que así os vean mis ojos, á vos tan bueno?»

El Rey conoció al que le hablaba de esta suerte, que no era otro sino Hamilton, uno de sus antiguos servidores, como él destinado á morir á manos del verdugo, y le contestó: «¿Así, al ménos, he querido siempre serlo con vos!»

Pero el feroz de Harrison no consintió que se prolongara por más tiempo la plática, y obligó al Rey á continuar su camino á paso acelerado. s-

guiéndolo Hamilton con la vista, la voz y los ademanes, y llegando á Lóndres de esta manera, donde lo esperaba un tribunal compuesto de trescientos treinta y tres individuos; pero en realidad de setenta, únicos que asistieron á él. Alojáronlo en su propio palacio de White-Hall, trasformado en cárcel para custodiarlo, y ciertamente que al verlo entrar prisionero en su antigua morada hubiera costado trabajo reconocer en Carlos al príncipe augusto que ocupó el trono de Inglaterra, por más que aún conservara la distincion de maneras, la dignidad y la calma propias de su persona, pues durante los meses de cautiverio que pasó en la isla de Wight se habia dejado crecer la barba, y que por efecto sin duda de tan prolongado encierro cubria su rostro extraordinaria palidez. Hubiérase dicho que llevaba ya el sello de la muerte impreso en el rostro, y que como habia perdido toda esperanza en la tierra, sus miradas y sus pensamientos sólo tenían por objeto el cielo. Ninguno, en efecto, estuvo más preparado que Carlos I á ser víctima de la iniquidad de los hombres.

Reuniéronse los jueces en la gran sala gótica de Westminster; y al primer llamamiento de los individuos que debian componer el tribunal, como nombrasen á Fairfax, ausente á la sazón, una voz que partió de la muchedumbre de los espectadores, dijo: «¿Tiene demasiado buen sentido para estar aquí!» Y al darse lectura por un secretario al acta de acusacion, *en nombre del pueblo inglés*, gritó la misma voz: «¿Ni la décima parte del pueblo tampoco!» Lo cual oido del oficial que mandaba la guardia de la Cámara, mandó hacer fuego sobre la tribuna de donde salian estos mentis á la majestad del Parlamento, si volvian á repetirse; pero buscando entre



tanto á los culpados, se descubrió que quien habia proferido aquellas palabras era lady Fairfax, la esposa del generalísimo. Esta dama, que se dejó llevar en un principio, lo propio que su marido, de las nuevas ideas, abrazando y siguiendo con entusiasmo la causa del Parlamento, ahora temblaba como Fairfax mismo pensando en las consecuencias de su conducta pasada, y la redimia demostrando en aquel trance con bizarra nobleza la indignacion y la piedad que sentia juntamente, y su arrepentimiento de haber contribuido á poner la víctima en manos de sus verdugos.

## LVIII.

Oyó el Rey esta muestra de arrepentimiento y perdonó á Fairfax con el alma las victorias alcanzadas por él sobre sus armas y que no quiso extremar tal vez hasta la muerte ó la humillacion de su persona, y siguió atento con la tranquila superioridad de la inocencia la lectura del acta de acusacion, mera fórmula legal del odio en que abundaban las palabras *traidor*, *asesino* y *enemigo público*, de tan elástico alcance, y que siempre sirven á los partidos vencedores para justificar la saña y la venganza de que hacen víctimas á los vencidos. Pero preocupado sobre todo con la idea de no mermar la majestad augusta de la Corona, de cuyo prestigio y decoro se consideraba depositario ante la Constitucion y los demas monarcas de la tierra, contestó que no se rebajaria en ningun caso al extremo de intentar justificarse ante un tribunal de súbditos suyos, y al que la religion como las leyes de Inglaterra le impedian reconocer.

«Fio, pues, á Dios mi defensa,—dijo Carlos al concluir,—y callo temeroso de que ratificando en vosotros implícitamente, á virtud de mis respuestas, un poder y autoridad que no tiene más fundamento que las atribuciones de los bandoleros y piratas, atraiga sobre mí en la posteridad el cargo de haber infringido la Constitucion, en vez de hacerme digno de alabanzas por ser ahora mártir suyo.»

Lo cual, oido del presidente Bradshaw, calificó de blasfemia tan noble lenguaje, dejándose llevar de tal modo de la ira, que olvidó hasta la dignidad del oficio que allí ejercía y la gravedad del tribunal, y alentó con sus palabras insolentes el desenfreno del público. E imitando los soldados que de órden de Cromwell ocupaban el Parlamento y sus avenidas la procacidad de Bradshaw contra la persona del que habia sido su príncipe y era entonces su prisionero, cuando pasó Carlos de regreso á White-Hall por delante de las filas, profirieron gritos de muerte contra él, escupiéndole al rostro. Carlos no se irritó ni se humilló con estas profanaciones de su rango y de su desgracia, y alzando los ojos al cielo, evocó resignado el recuerdo de iguales ultrajes sufridos pacientemente por el Hombre-Dios, cuya fe y doctrina profesaba, diciendo sólo á los que iban cerca de él: «¡Hé aquí, señores, lo que hacen los mercenarios pagados para escarnecerme; lo propio harian mañana con quien hoy los tiene á sueldo, si yo los pagara para eso!»

La versatilidad del ejército, que tantas muestras habia dado de ser instrumento alternativo de todos los partidos, llamaba mucho su atencion desde los principios de la guerra civil; pero ántes le inspiraba lástima que no despecho. Sin embargo, aquel dia hubo un soldado que sintió vergüenza de la cobar-



dia de sus compañeros y protestó contra ella, y al ver pasar delante de sí al Rey desposeído, afrentado de aquella turba soez y brutal, se prosternó, pidiendo al cielo con grandes voces que amparase *la majestad escarnecida de aquel Príncipe*. Pero, exasperados los oficiales con la lección de dignidad y de respeto á la desgracia que les daba un pobre soldado, cayeron sobre él á estocadas, y allí mismo castigaron su piedad y su ruego juntamente, cual si fueran los mayores crímenes posibles. Carlos apartó los ojos de aquella escena de ferocidad, exclamando:

«¿Qué suplicio! ¡y por qué causa!»

## LIX.

Dominado el pueblo completamente por el ejército de Cromwell, era mudo é inmóvil espectador del proceso, limitándose á expresar con su tristeza y silencio la repugnancia y el dolor que le inspiraba la tragedia cuyo desenlace presentía, si bien esperaba que despues de haber obtenido el ejército para su satisfacción la sentencia del Rey, ésta no se cumpliría, evitando por tal modo á la patria la vergüenza y la infamia del suplicio. No participaba Carlos de las esperanzas de sus vasallos, y estaba en lo cierto desconfiando por completo en los hombres, pues no querían los republicanos consagrar á virtud de una indulgencia que habria parecido hija de la superstición monárquica, el derecho de sus descendientes á la Corona, ni Cromwell tampoco, áun cuando no se forjara ilusiones para lo porvenir y creyera en la restauración inevitable del trono al cabo de más ó ménos duradero eclipse; que tenía sobrada inteli-

gencia y conocía demasiado á los hombres para creer que podría fundar una dinastía su sangre y consolidarla, y harto desinteresado religioso para desear siquiera encumbrarse á tales alturas. Pero si la gloria tan pasajera de las grandezas humanas desaparecía y se borraba de sus ojos cuando la comparaba con la del cielo, y toda su ambición se cifraba, por decirlo así, en aspirar de una manera feroz á su salvación eterna y á la de sus hermanos, quería que, asentada la república en la muerte del Rey y en el temor que su muerte produciría en los realistas para contenerlos, durase por lo ménos el tiempo necesario á fundar la libertad religiosa con solidez para resistir los embates combinados del catolicismo y de la Iglesia anglicana, si ambas volvían con los reyes, y que no pudieran prevalecer sobre los creyentes libres. Todas las cartas, confidencias y conversaciones de Cromwell en aquella época declaran que tales fueron los únicos pensamientos que lo preocuparon al desear la muerte de Carlos I, pudiéndose decir que sobrenatural abnegación de sí mismo le veló entónces la inicua barbarie del acto, y que una vez interrogada y obedecida su inspiración, la calma y el sosiego implacables de su rostro y palabras, que los historiadores han calificado de crueldad, no fué sino efecto de fanatismo; fanatismo tranquilo, que Mr. Villemain calificó elocuentemente de *satis'accion del crimen*, y que se reveló á la vista de todos los últimos días del proceso por medio de palabras y ademanes tan cínicos como repugnantes, mostrándose, no el hombre de carne y hueso de otros tiempos, sino el sectario grosero y soldadesco. Pues siendo marido tiernísimo de su mujer, padre bondadoso y blando hasta el extremo de sus hijos, no perdonó al marido, ni al padre, ni



á los hijos en la víctima que ofreció á Dios en holocausto, al modo de patriarca del Antiguo Testamento, á quien profeta implacable hubiera mandado matar un rey enemigo de su pueblo. Porque la ferocidad propia de aquella época se habia comunicado íntegramente á su corazón al contacto de los libros santos, y esgrimía el cuchillo con mano tan sumisa como ántes blandió la espada; pudiendo decirse por tanto que ántes fué la muerte de Carlos homicidio hebraico que no crimen inglés.

Y tanto era el celo de Cromwell y tan exaltado se hallaba su fanatismo en aquella circunstancia, que no sin oponer grandes dificultades, cedió á conceder á Carlos I tres dias de vida despues de pronunciada la sentencia para prepararse á morir y consolar á los individuos ausentes y presentes de su familia; venciendo luégo con indignos é irónicos subterfugios la piedad y la indecision de los generales que le hacian presente la enormidad, la inutilidad y la barbarie de la ejecucion; eludiendo igualmente las súplicas de los embajadores que le ofrecian en pago de la vida del Rey las más amplias compensaciones por medio de alianzas con Inglaterra y con él mismo; deshaciendo despiadadamente las gestiones de su deudo el coronel sir John Cromwell, encaminadas á salvar al reo, y repitiendo á todo y á todos la palabra del oráculo inspirador de sus actos, que, segun él decia, le contestaba siempre con esta frase, á pesar de sus ruegos y lágrimas para vencerlo: *¡La muerte!*

Y como si la muerte del Rey hubiera sido asunto de chacota y de burlas de cuerpo de guardia, sucedió por entónces que al entrar casualmente el coronel Ingolsby en la sala donde se hallaban reunidos los oficiales para ratificar la sentencia del Parla-

mento y negarse por su parte á suscribirla, en razon á parecerle inicua é injusta, Cromwell se fué hácia él riendo, y asiéndolo con sus brazos y levantándolo del suelo, lo llevó en volandas á la mesa, donde lo hizo firmar mal de su grado. Cuando todos hubieron puesto sus nombres con buena ó mala voluntad, y Cromwell los vió escritos en el papel que tenia delante, no cabiendo en sí de gozo, tomó la pluma de manos del último firmante, y mojándola en el tintero, la pasó por la cara del que tenia más cerca, rompiendo en carcajadas, sin advertir, ó advirtiendo acaso, que aquella tinta era la sangre de su Rey, asesinado por él!

## LX.

Nunca pareció más evidente á los ojos de todos, en un mismo punto, el contraste singular que pueden ofrecer el asesino y su víctima, la ferocidad del fanático y la resignacion del hombre verdaderamente piadoso. Porque mientras Cromwell se divertia, por decirlo así, con el hacha que habia de cortar el cuello al Rey, los tres dias otorgados á éste para disponerse á morir, revelaron al mundo cuánto el corazón de un hombre, príncipe, marido, padre y cristiano juntamente puede contener de grandeza, heroísmo, ternura, resignacion, esperanzas inmortales y santidad al propio tiempo. Pues los dias aquellos supremos los empleó Carlos, única y exclusivamente, hora por hora, minuto por minuto, en vivir hasta el postrer momento con la calma natural y propia del varón justo cuya existencia hubiera sido preparacion constante á la muerte, aprendizaje de la eternidad, ó certidumbre



de que una vez llegado el trance temeroso de no ser en este mundo, gozaria la dicha inefable de los bienaventurados en el cielo; consagrándolos por entero á ejercicios religiosos y pláticas penetradas de resignacion, á examinar su conciencia severa y equitativamente, lamentándose, al recordar su conducta pasada, del inútil sacrificio de Strafford, consumado por culpa suya para vencer dificultades políticas; á las preocupaciones patrióticas propias del monarca y ciudadano que deja su patria sumida en las incertidumbres de sombrío porvenir, y á dolerse de la suerte aciaga de la esposa siempre amada y jóven aún, y de sus hijos pequeños que guardaban como rehenes sus implacables enemigos. Pero si estos pensamientos conturbaron su corazón con ansias inexplicables y dolor inmenso, y afligieron su espíritu con tristes imaginaciones, luego se sintió colmado de santa paz, de paz divina, de la paz sublime y perfecta que baja del cielo y penetra en la conciencia de los inocentes y justos al traves de las bóvedas de sus cárceles para consolarlos y fortalecerlos; como que de todas las agnias históricas, incluso la de Luis XVI, en el Temple, la que más semejanza ofrece con la del filósofo antiguo es la de Carlos I de Inglaterra. Pero si bien la realeza y la religion imprimen carácter augusto y casi divino al suplicio de ambos príncipes, circunstancias que los colocan por sobre ciertos héroes del paganismo en razon á que la distancia que separa el trono del cadalso nos parece inconmensurable comparada con el espacio que media entre la vida y la muerte de los demas hombres, y á que cuanto mayor es el poder de los grandes, su riqueza y su felicidad, tanto es mayor el respeto y admiracion que infunden abandonándolo todo con

paz en el alma; y si bien rivalizaron en virtud Carlos I y Luis XVI, la del de Inglaterra superó mucho á la demostrada por el de Francia: que Carlos fué un héroe y Luis sólo un santo; grande hombre aquél en la plenitud de su fuerza, y éste sin más grandeza que la propia de un mártir resignado y sublime.

Sin embargo, la naturaleza (y en esto consiste la sublimidad de los últimos momentos de Carlos: porque nada es bello fuera de sus límites) luchó mucho en él, aunque sin lograr vencerlo, cuando hubo de separarse de sus hijos. Eran éstos la princesa Isabel, el duque de Gloucester y el de York, todos de tierna edad; que los demas, juntamente con el príncipe de Gales, se hallaban en Francia con su madre, la cual los habia sustraído á la vigilancia del Parlamento para reemplazar en el trono á su padre y para vengarle. Isabel, aún siendo muy niña, era por extremo discreta y avisada, y aventajaba mucho, á pesar de sus pocos años, en madurez de juicio á sus hermanos menores; que las vicisitudes, el cautiverio, las agitaciones, los duelos constantes de la familia y la persecucion de que habia sido testigo desde la cuna, medraron su inteligencia en la desgracia, tan eficaz siempre para madurar el corazón de los niños. Amábala mucho Carlos y se complacia en contemplarla y en hallar en ella cada dia nuevas gracias y encantos que le recordaban á la madre ausente. Hablábala y le comunicaba sus impresiones, y en cierto modo hacíala confidenta de sus temores y secretos; y pensando que guardaria en la memoria frescas y vivas sus palabras y que las trasmitiria con el calor de sus postreras caricias á su esposa, le habló así al despedirse de ella: «Dí á tu madre, hija mia, que miéntras ha sido



mi mujer, nunca, ni con el pensamiento, la he faltado á la fidelidad prometida, más por instinto que por deber; que mi amor hácia ella durará tanto como mi vida, y que cesaré de amarla en este mundo para comenzar de nuevo en la eternidad!»

Tomó luego en brazos al duque de Gloucester, á la sazón de cinco años, y lo sentó en sus rodillas, y queriendo fijar en su imaginación infantil por medio de una imagen indeleble el consejo que dirigido á él daba, no obstante, á todos los suyos, le dijo: «¿Sabes que van á cortar la cabeza á tu padre?»

Lo cual oído del niño fijó sorprendido los ojos en su padre.

«Si, van á cortarle la cabeza,—prosiguió él insistiendo para imprimir mejor el recuerdo de sus palabras con el espanto que habian producido en su tierno hijo;—y acaso quieran proclamarte por rey. Pero atiende bien á esto que voy á decirte: No debes ser rey mientras vivan tus hermanos Carlos y Jacobo. Si pueden coger á tus hermanos, les cortarán la cabeza como á mí, ¡y quién sabe si al cabo no harán lo propio contigo! Pero no te olvides de mi advertencia; no consentas en ser rey!»

El niño, en quien tan lúgubres palabras y tan solemnes consejos produjeron extraordinaria impresión, respondió con acento de resuelta obediencia y haciendo un enérgico ademán: «¡No seré rey; no quiero serlo; antes me matarán!»

Carlos, al oírlo y verlo en aquel momento, presintió en el heroísmo infantil de su hijo una manera de intervención divina que lo tranquilizaba para lo porvenir en orden á la sucesión de la Corona cuando él ya hubiera muerto, prometiéndole por boca de un inocente probidad y justicia en los suyos. Lágrimas de alegría lloraba con esto el desgraciado

padre al devolver á sus carceleros y besar por última vez al duque de Gloucester.

## LXI.

Oíase desde su cámara, en el palacio de White-Hall, los martillazos de los carpinteros que construían el cadalso, adosado á los muros del edificio; siniestros preparativos que si multiplicaban en el reo la sensación de la muerte, no eran eficaces sin embargo á interrumpir la calma de sus conversaciones y de sus horas de sueño. Al despuntar del alba el día del suplicio se levantó, y llamando á Herbert, el único servidor que le habian dejado le dijo que lo vistiera y peinara con más espacio y cuidado que nunca, para que su exterior fuese digno *de la grande y venturosa solemnidad en la cual tendrían fin sus aflicciones y comenzaría su vida eterna*. Después pasó el resto de la mañana en compañía del venerable y elocuente Juxton, obispo de Londres, digno por su virtud y piedad de comprender aquella víctima y de asistirle en el trance supremo. Más en el cielo que no en la tierra se hallaban ambos interlocutores, cuando los oficiales de Cromwell interrumpieron la plática para prevenir al reo que habia llegado la hora.

El cadalso, como hemos dicho, se apoyaba en los muros de White-Hall, dando frente á la gran plaza de este nombre, y un pasadizo lo ponía en comunicación con el palacio, por una de cuyas ventanas habia de salir el reo. Carlos se presentó, avanzó por aquella manera de puente y llegó á la plataforma sin apresurar ni retardar el paso, cual si no quisiera diferir ni adelantar de su propio movimiento